

La Visitación



31 de mayo de 2024

Rom 12, 9-16

Is 12

Lc 1,39-56

P. Eduardo Suanzes, msps

La Iglesia recuerda entre la Anunciación y el nacimiento de Juan Bautista el episodio de la Visitación de María a su pariente Isabel.

La visitación es muy importante para Lucas; de ahí su fuerza plástica y todos los detalles que menciona que hace que nos la imaginemos fácilmente. Es María la que visita a Isabel, lo cual hace recaer la atención sobre la madre del Bautista. Pero con el movimiento de Juan en el seno de su madre, por el que comienza a realizar ya su obra de profeta y de precursor, la atención vuelve a dirigirse hacia María. Jesús está en el centro de la escena, en la que Isabel hace de María y de Jesús el objeto de su alabanza, mientras que el Magníficat no dice una sola palabra de Isabel o de Juan¹.

María se pone en camino, de prisa, como haría cualquier pariente por otro que necesita ayuda. Ha recibido del Ángel la noticia del embarazo de Isabel y, como mandan las normas más elementales de la familia, se pone enseguida de camino para ayudarla. Lo normal: pariente en el sexto mes de embarazo, sola. Rápido: ¡pies para qué os quiero! Nada de extraordinario: es lo normal. Un camino peligroso, eso sí, para una muchacha de su edad por esos senderos hasta las montañas de Judá desde la llanura de Nazaret. Cómodamente, María lo haría en cuatro días.

¿Dónde está pues lo extraordinario en este episodio? ¿Por qué recuerda Lucas con especial significado este relato que podría pasar desapercibido? Porque la importancia no está en que María viaje, sino en que Jesús, recién engendrado, viaje. Podríamos decir que este fue el primer viaje de Jesús de Galilea a Judea. Y todo lo que pasa en el relato se produce porque Jesús viaja: es Jesús quien visita, en realidad.

María, con Jesús, llega a casa de Zacarías e Isabel oye su saludo. Visualizando plásticamente la escena parece que se nos sugiere que oye a María sin todavía verla: el sobresalto del futuro bautista en el vientre de su madre se produce por lo que Isabel oye de María, estando, tal vez, en otra estancia cuando ella llega y saluda. La escena también nos apunta el detalle de que, a pesar de la distancia de sus hogares, María e Isabel mantenían una relación estrecha: inmediatamente la reconoció sin verla porque se produjo el movimiento en su seno. Dios no solo se sirve de las palabras, sino del lenguaje corporal y ya desde el seno de Isabel Lucas apunta al futuro de Juan. A la palabra de María, la preñada de Jesús, le sucede un gesto corporal dentro de Isabel: su hijo no permanece en el anonimato, sino que se hace protagonista.

Jesús es el Verbo de Dios encarnado, es su Palabra, y María está preñada de él, abrasada por él, iluminada por Él desde que Gabriel fue a visitarla. Gabriel la visitó y quedó preñada de Jesús invadida por el Espíritu Santo, cubierta por él; ahora es María la que visita y su palabra sobre Isabel provoca la invasión del Espíritu Santo también sobre ella. Lucas nos hace ver en la profecía de Isabel que la razón de que María sea bendita es por el fruto de su vientre. María es bendita y su bendición, no solo es palabra, no solo es que Dios haya “dicho bien” de ella. La bendición es, además, poder de Dios y

¹ FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio de San Lucas I*. Ed. Sígueme. Salamanca 1995

acompaña a todos aquellos que han recibido una misión de Él, lo que no excluye el dolor ni la cruz. María es bendita, Jesús es el bendito: ambos con una misión que realizar.

Entonces María ya no se puede aguantar más y explota de alegría glorificando a Dios por todo lo que ella experimenta se ha producido en su interior. Reconocer la grandeza de Dios y expresarlo bajo forma de oración es lo propio de una alabanza. Y esta grandeza de Dios no es la de un dominador que humilla a sus súbditos, sino la de un Salvador que compromete su poder por la salvación de los hombres². Tanto la compromete que pone su mirada en lo pequeño, en lo que nada cuenta, como hará el Hijo que tiene en sus entrañas. Y Dios pone su mirada como la puso el buen samaritano sobre aquel que estaba abatido en el camino; como lo hace el padre amoroso esperando por el hijo que se fue a vivir su vida lejos de él. Una mirada preñada de misericordia que **desciende con y hacia** el humilde: «*él puso su mirada en la baja condición de su esclava*», dice María. Que Dios salve a su pueblo es una manifestación de su fidelidad a su santo nombre, es decir, a él mismo, a lo que él es. Los que él ha liberado descubren el nombre de su salvador apenas sienten los efectos de su amor.

Por medio de esta alabanza, Lucas le da un nuevo nombre a María: **ella es la bienaventurada y la creyente**, porque supo aguardar el cumplimiento de la promesa divina. Ella ha realizado en sí misma la experiencia de la mirada de Dios.

María se quedó con Isabel por tres meses, hasta que Juan nació, para luego volver a su casa, con Jesús.

Pidamos el día de hoy experimentar como María la mirada de Dios. Pienso que el vivirnos desde esa mirada, es decir, sabernos sumergidos en la profundidad del Espíritu Santo, iluminará nuestra vida de tal forma que será imposible no *visitar* también a nuestros hermanos y *saludarles* con el mismo saludo de María, es decir, desde Jesús, el Verbo encarnado en nuestro corazón.

Pidamos hoy que sepamos caminar los caminos que nos llevan a nuestros hermanos; caminos que a veces serán largos, otros más fáciles y cercanos, pero siempre llevando a Jesús en nuestro corazón. Pidamos convertir nuestros encuentros en nuevas montañas de Judá donde se produzca la serena salvación; que no se necesitan muchas palabras, sino sobre todo gestos corporales producidos en el silencio contemplativo de sabernos habitados por la Mirada de aquel que nos ama con misericordia entrañable.

María, por llevar a Jesús en su seno, se supo mirada por Dios; por eso caminaba los caminos con mirada contemplativa; por eso, en su saludo a Isabel supo mirarla desde su seno, desde su corazón habitado por la Mirada. Por eso, y esto es quizá lo más importante, supo mirarse a sí misma desde la misericordia divina.

Dijimos al principio que este viaje era importante porque el que viaja es Jesús que habita en el seno de María, transformando el mismo camino, el saludo, la vista en fuente de alegría para todos los que se relacionan con quien lo lleva.

² *Ibid.*